

Jueves IV de Cuaresma



14 de marzo de 2024

Ex 32, 7-14

Sal 105

Jn 5, 31-47

P. Eduardo Suanzes, msps

El trozo del Evangelio de hoy (continuación de el de ayer) trata sobre el testimonio: Jesús pretende ahora exponer cuál es el fundamento objetivo de su extraordinaria pretensión que decía ayer: que él es el único foco de convergencia, declarando su actitud en favor del hombre como única norma establecida por Dios, siendo este el único criterio para distinguir entre el bien y el mal¹. Ahí dejó eso.

Y el lenguaje que utiliza ahora es figuradamente forense, como si estuviera en un tribunal. En la mentalidad hebrea hace falta un testimonio que garantice la misión de alguien. El testimonio que uno hace, según esa mentalidad, sobre sí mismo no vale; hace falta el testimonio ajeno de un testigo fidedigno. Jesús cuenta con los siguientes testimonios, y los enumera uno por uno: a) uno, humano de Juan Bautista; b) el segundo, las obras milagrosas que realiza por encargo del Padre; c) el tercero, el mismo Padre da testimonio de Jesús; y d) por último, la Escritura, en particular Moisés.

Pero sus interlocutores ante tantos testimonios no se rinden. Aceptaron la «lámpara» de Juan el Bautista, pero no la luz que reflejaba; las obras milagrosas las descalifican; del Padre no conservan la palabra; la Escritura no quieren entenderla porque se niegan a mirar hacia donde ella apunta; a Moisés no le creen.

La razón de tanta resistencia es que viven encerrados en un círculo vicioso, en un sistema de alabanzas mutuas y complacencias compartidas, como intérpretes oficiales y reconocidos de la ley. Usan la ley y las observancias como instrumento de prestigio; al que se presenta aceptando el sistema de los fariseos, lo reciben. A Jesús, que se distancia y denuncia, no lo reciben².

Se enfrentan aquí dos concepciones de Dios: el Dios de Jesús, el Padre, que ama al hombre y se manifiesta dándole vida y libertad, y el dios de los dirigentes, el Soberano, que impone y mantiene un orden jurídico, prescindiendo del bien concreto del hombre. Por eso Jesús puede afirmar rotundamente que no conocen en absoluto al Padre. Podríamos decir hoy que viven una vida superficial, sin hondura, por eso no alcanzan a ver los testimonios que Jesús les prepone. No están acostumbrados a meterse dentro de sí mismos, viven hacia y de lo exterior y se han convertido en seres miopes incapaces de trascender.

Y es que a veces, nuestra vida discurre, por lo general, de manera bastante superficial. Pocas veces nos atrevemos a adentrarnos en nosotros mismos. Nos produce una especie de vértigo asomarnos a nuestra interioridad. ¿Quién es ese ser extraño que descubro dentro de mí, lleno de miedos e interrogantes, hambriento de felicidad, de vida, y harto de problemas, siempre en búsqueda y siempre insatisfecho?. Porque los fariseos buscan vida

¹ JUAN MATEOS Y JUAN BARRETO. *El Evangelio de Juan. Análisis lingüístico y comentario exegético*. Ed Cristiandad. Madrid, 1982

² Cfr. LUÍS ALONSO SHÖKEL. *Biblia del Peregrino. Edición de Estudio. Vol 3. Nuevo Testamento*. Ed Verbo Divino

eterna, pero por los caminos no adecuados, no se atrevían a enfrentarse en su interioridad con Dios. Estaban orientados hacia el exterior, nunca hacia lo interior, justamente donde está la fuente de vida eterna.

¿Qué postura adoptar al contemplar en nosotros esa mezcla extraña de nobleza y miseria, de grandeza y pequeñez, de finitud e infinitud? Entendemos el desconcierto de san Agustín, que, cuestionado por la muerte de su mejor amigo de la infancia (su alma gemela, como él lo llamaba), veinte años después del episodio de la muerte, al recordarlo, se detiene a reflexionar sobre su vida, y al introducirse en su interior exclama: «Me he convertido en un gran enigma para mí mismo»³. Y nos convertimos en enigma para nosotros mismo cuando no somos capaces de interpretar nuestro auténtico ser de imagen de Dios.

Hay una primera postura posible ante este descubrimiento nuestro. **Se llama resignación**, y consiste en contentarnos con lo que somos. Instalarnos en nuestra pequeña vida de cada día y aceptar nuestra finitud. Naturalmente, para ello hemos de acallar cualquier rumor de trascendencia y de cualquier llamado a la santidad. Cerrar los ojos a toda señal que nos invite a mirar hacia el infinito. Permanecer sordos a toda llamada proveniente del Misterio. Que es precisamente lo que Jesús les está diciendo a los fariseos.

Hay otra actitud posible. **La confianza absoluta**. Aceptar en nuestra vida la presencia salvadora del Misterio y ser como planetas que gravitan en torno a él. Abrirnos a la palabra de Jesús, a la del Padre, que habitan en nuestra interior. Acoger a Dios como raíz, destino de nuestro ser e impulsor cotidiano de nuestra vida. Creer en la salvación que se nos ofrece. Así como los planetas gravitan en torno al sol gracias a una fuerza irresistible que los mantiene orientados hacia él, sin poder escapar de la órbita, así el que acoge a Jesús lo toma como centro de su vida, estando continuamente polarizado hacia él.

Es por eso que les dice: «*Ustedes estudian las escrituras pensando encontrar en ellas vida eterna; pues bien, ellas son las que dan testimonio de mí. ¡Y ustedes no quieren venir a mí para tener vida eterna!*» Es decir, ustedes quieren entender, comprender a Dios desde el exterior, y lo que tienen que hacer es polarizarse solo en mí.

Solo desde esa confianza plena en Dios Salvador se entienden esas desconcertantes palabras de Jesús: «*Quien vive preocupado por su vida la perderá; en cambio, quien no se aferre excesivamente a ella la conservará para la vida eterna*». Lo decisivo es abrirnos confiadamente al Misterio de un Dios que es Amor y Bondad insondables. Reconocer y aceptar que somos seres «gravitando en torno a Dios, nuestro Padre»⁴.

³ AGUSTÍN DE HIPONA. *Confesiones* IV 4.9

⁴ Cfr. JOSÉ ANTONIO PAGOLA. *Confianza absoluta*. En www.feasulta.com